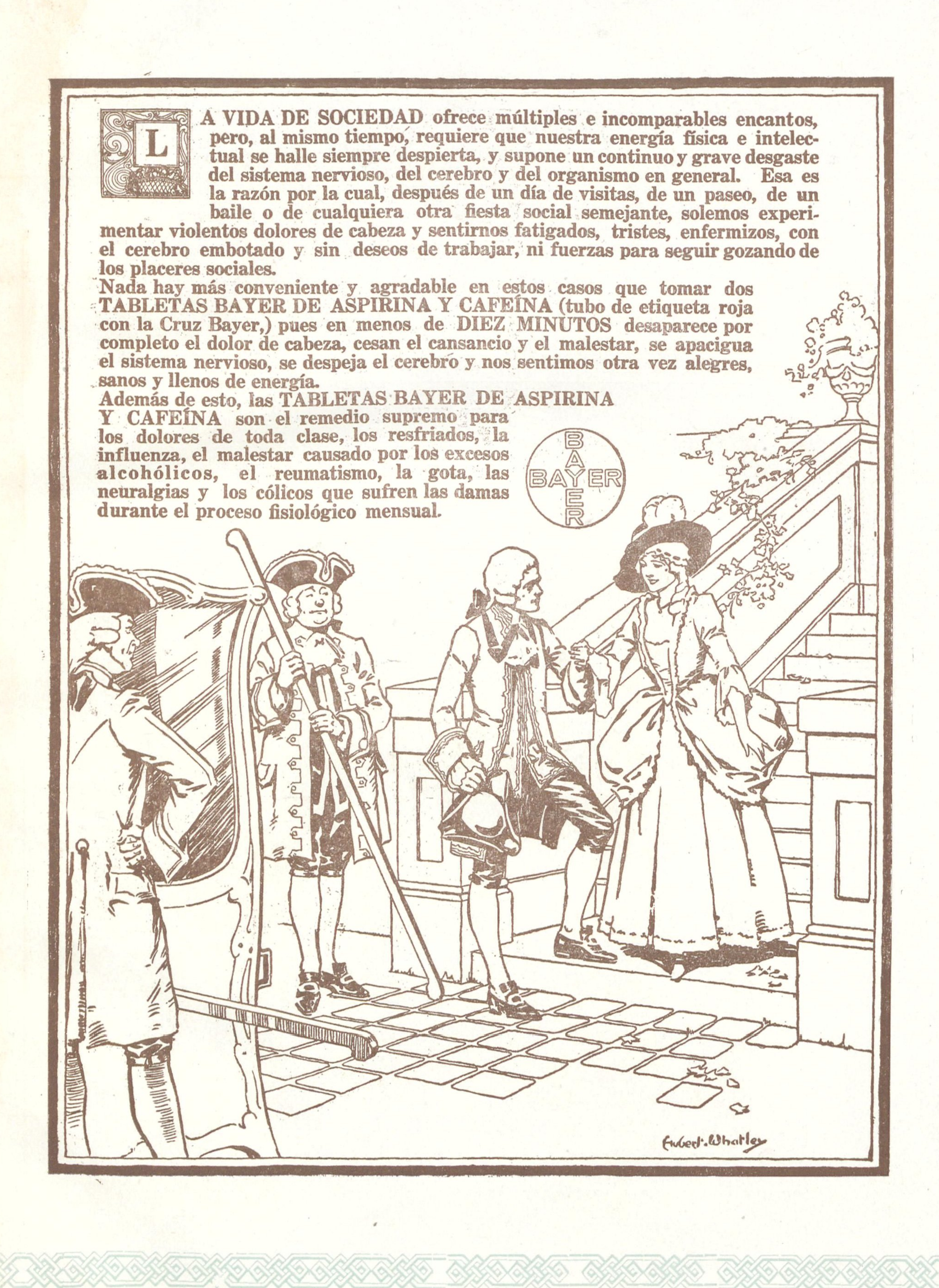


Número 227 PRECIO, $ 0.15 Septiembre 18 de 1920

Un atardecer en la Plaza de Armas. (Bogotá).


LA VIDA DE SOCIEDAD ofrece múltiples e incomparables encantos, pero, al mismo tiempo, requiere que nuestra energía física e intelectual se halle siempre despierta, y supone un continuo y grave desgaste del sistema nervioso, del cerebro y del organismo en general. Esa es la razón por la cual, después de un día de visitas, de un paseo, de un baile o de cualquiera otra fiesta social semejante, solemos experimentar violentos dolores de cabeza y sentirnos fatigados, tristes, enfermizos, con el cerebro embotado y sin deseos de trabajar, ni fuerzas para seguir gozando de los placeres sociales.
Nada hay más conveniente y agradable en estos casos que tomar dos TABLETAS BAYER DE ASPIRINA Y CAFEÍNA (tubo de etiqueta roja con la Cruz Bayer,) pues en menos de DIEZ MINUTOS desaparece por completo el dolor de cabeza, cesan el cansancio y el malestar, se apacigua el sistema nervioso, se despeja el cerebro y nos sentimos otra vez alegres, sanos y llenos de energía.
Además de esto, las TABLETAS BAYER DE ASPIRINA Y CAFEÍNA son el remedio supremo para los dolores de toda clase, los resfriados, la influenza, el malestar causado por los excesos alcohólicos, el reumatismo, la gota, las neuralgias y los cólicos que sufren las damas durante el proceso fisiológico mensual.
BAYER
BAYER

CROMOS.

Casa editorial de Arboleda & Valencia

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Director, Luis Tamayo

NUMERO 227 — BOGOTA, SEPTIEMBRE 18 DE 1920  VOLUMEN X

CUENTOS Y CUENTAS

De crisis fiscal se habla lo menos cuatro ocasiones por año, y como cada ocasión dura lo menos un trimestre, y como no hay manera de que el año tenga más de cuatro trimestres, resulta que la crisis fiscal es una farsa: que no hay tal crisis.

Al pronto, la noticia parece muy buena, porque una crisis es un estado de grande alteración que sobreviene a la persona o cosa que funcionaba normalmente, y que la pone en grave peligro. Si en esto que llamamos vida fiscal hay un estado permanente de anormalidad y de peligro, no hay crisis; y el no haber crisis resulta un hecho pavoroso.

Todos los años por este tiempo se mantiene ojo alerta sobre la liquidación de rentas y gastos; por este tiempo se habla y escribe para pedir el equilibrio. ¿Quién no es partidario ferviente del equilibrio? El ejecutivo, el legislador, la prensa, el público, lo piden a voz en cuello.

Y cuanto más lo piden menos parece, porque la cuestión no es de pedir sino de hacer. Sucede —pongamos un trivialísimo ejemplo— como cuando en una sesión parlamentaria se sube de punto el debate, se encaraman los diputados en sus pupitres, o corren desbocados por el salón, manotean, bufan, se denigran, y vociferan llamándose todos a un orden verdaderamente imposible, pues que ninguno lo procura.

No es cuestión de clamar sino de hacer el equilibrio. En los poderes públicos, desde las más robustas autoridades hasta el más espiritado conserje saben y exponen la teoría con absoluta propiedad. Cosa igual sucede por dondequiera que uno vaya: el gacetillero, el hotelero, el sacristán, el aguador, nos dicen, basados tal vez en experiencia propia, que un presupuesto no es más ni menos que una cuenta exacta de gastos formulada en presencia de una cuenta exacta de rentas, y que no se explican cómo, habiendo un lápiz y un papel, se ha convertido en problema para tántas y tan reunidas inteligencias una cosa que ellos harían en pocos minutos. No se lo explican, porque seguramente ignoran que una teoría como la suya, con ser tan indudable, sólo sirve cuando no sirve para nada, y que los números, con toda su exactitud, sirven para acreditar las inexactitudes que se quiera.

Se ha dicho que el *déficit* en los presupuestos del siglo pasado no tuvo un eclipse total sino cuando el doctor Parra administró la hacienda. En el siglo presente y bajo la administración Restrepo hubo una tentativa de *superavit*, que el Congreso se apresuró a conjurar. Poco después vino la guerra del mundo y.... baste decir que llevamos un sexenio de ponerle ceros a nuestros cocientes. Ahora se ha publicado que para el año 21, los gastos valen sus treinta y dos millones, y las rentas no pasarán de veintiocho. Si para cubrir tánta diferencia no puede el gobierno inventar algún recurso, no le queda otro que el de reducirse a los más indispensables gastos de cada día, remedio no menos grave que la enfermedad.

Mucha saliva se ha gastado en hablar y mucha más tinta en escribir sobre este asunto. Al fojear colecciones de periódicos, va desenterrándose año por año en unos y otros, con distintas palabras, el mismo parecer. Que se haga una reforma, constitucio cional si es el caso, con cláusula de *superavit* obligatorio: el gobierno dará un presupuesto en que no hayan cabido cuentas alegres y en que el aumento total de gastos, si lo hay, equivalga cuando mucho a la mitad del aumento comprobado en las rentas. Y con cláusula de ordenaciones restringidas: el Congreso podrá en alguna forma disminuir pero en modo ninguno aumentar las partidas ordinarias del presupuesto; le será vedado decretar auxilios a departamentos, ni a distritos, ni a particulares, tengan el apellido, la forma o el color que tuvieren; sólo podrá disponer gastos para obras evidentemente necesarias a la prosperidad y seguridad de la República, y esto en cada año con el *superavit* del año anterior.

—¿Y si el *superavit* es minúsculo?

—Se hacen gastos minúsculos.

—¿Y si no hay *superavit?*

—Entonces, una de dos: o no se hacen gastos, o se hacen con una plata que no sea la de ese *superavit* inexistente. Más claro: si las rentas ordinarias apenitas dan para los gastos ordinarios de la casa, no conviene intentar con ellas lo que a más de imposible sea ridículo.... Los milagros no son de este tiempo. En la época de Jesucristo comieron cinco mil personas con cinco panes, y sobró pan, y no se pasó a mayores exigencias. Hoy que es un intrincado problema sacar de cinco mil panes alimento para cinco personas, resulta por lo menos exagerada la pretensión de sacar como añadidura ciertas obras que requieren mucho aliento. Eso es pedirle peras al olmo; eso es no hacerse cargo de la realidad.

Sí, pero también es ponerse fuéra de la realidad el pretender que se estacione o poco menos la vida del país. Avanzar es preciso y ella tiene más exigencias cada día.

Cuando decimos, y es con frecuencia, que en la época tal el Estado gastaba tantos duros y que ahora no debería gastar sino un poco más, olvidamos la diferencia de necesidades y de trenes administrativos, y olvidamos lo que es (aquí como en todas partes) el duro de hoy ante el duro de antaño. Luégo, cuando pedimos enfáticamente aquellas obras de progreso material cuya urgencia y cuyo costo son indiscutibles, cuando así las pedimos basados en algún pequeño sobrante de nuestra caja, la verdad es que sin saberlo nos burlamos de nosotros mismos.

Importa criticar celosamente las labores de la administración y ver que se hagan todas ellas en casa de cristal; pero no menos importa dar al Estado con qué vivir en forma decente y retributiva. Si crecen los gastos públicos y hay que fomentar en un algo siquiera el progreso, tienen que subir proporcionalmente las rentas y contribuciones. De gastos fijos y entradas probables vienen a resultar operaciones mucho más dispendiosas que la de haberse obligado a cubrir aquéllos en forma natural y oportuna; vienen a resultar esas operaciones, perjudiciales también al crédito que hubiera de poderse adquirir para emplearlo en obras de ahelada prosperidad. El que atiende si no con exceso notable por lo menos con visible suficiencia los menesteres habituales de su vida, tiene capacidad para emprender en cosa de más trascendencia; no carece de prendas y energías qué empeñar, y proporcionalmente a ellas puede prestársele dinero, porque proporcionalmente puede pagar, es decir, tiene crédito. No por ser quien es, el Estado se halla exento de esa condición, sino antes bien parece que más comprometido por ser quien es; y la circunstancia de tener algunas prendas muy considerables con qué endeudarnos alguna vez en regla para asimismo perseguir utilidades en regla, no basta por sí sola para atraer el crédito con C mayúscula. No tal. Hay que presentarse libre de penuria, como persona que mantiene sus cuentas particulares muy bien balanceadas, y tiene algo más que la buena intención de pagar deudas, y cuando solicite un empréstito no es para vivir sino para prosperar.

Desde este punto de vista, los departamentos aventajan a la nación; dos de ellos tienen *superavit* en sus liquidaciones para la vigencia entrante; hay once que se gastarán con cierta holgura lo mismo que reciban; y solamente hay uno que camina cojo. Si la aptitud financiera de centro y secciones continuase marchando en la proporción que lleva, sería de curioso espectáculo y de no poca significación el que mañana la entidad madre tuviera más débil que cualquiera de sus hijas el crédito exterior.

Del interior no digamos. Pudiera valer diez veces más de lo que hoy vale. Pero se necesita de mucho mayor pericia en ramos de hacienda para poner las rentas y contribuciones en el pie de equidad y de rendimiento que deben adquirir. Parece paradójico afirmar que el Estado le debe su escasez de crédito interior al público mismo, con quien se diría que ha vivido en tácito acuerdo para hacer poco seguras las exigencias y las garantías con que cada uno de los dos podría ejercer enérgicamente su derecho y derivar ganancias tanto de la propia como de la común seguridad.

Ariel.



Retrato de la señorita Margarita Restrepo Angel

Cuadro de Ricardo Gómez Campuzano.

D. Moreno Otero.

MOTIVOS ALDEANOS

A Camilo Cruz Santos.

Hasta la plaza del pueblo
traen ráfagas nocturnas
el rumor
del río que cerca pasa
cantando, siempre cantando
su canción.

Clara canción sin palabras
que vas diciendo a la noche
cosas de amor y dolor....
En mi alma vibra un eco
amoroso y doloroso
de tu voz....

Sobre la plaza, la luna
—la maga luna del pueblo—
llueve dorado fulgor,
y arropa en diáfanos velos
los árboles y las casas
y el delgado surtidor.

Lumbre de luna en el pueblo,
lumbre propicia a las vagas
confidencias del amor....
Cómo a favor del minuto
te me adentras en el huérfano
corazón....

Lejos, perdida en la noche
como en un sueño, se escucha
una voz
que entrega a vientos celosos
inolvidable armonía
de pretérita canción....

Saudoso hechizo de antigua
canción oída en un pueblo,
junto al río trovador....
Canción que vienes—¿de dónde?—
a buscar nido en mi huérfano
corazón....

Desde el eterno horizonte
una estrella nos envía
su fulgor.
Y es su luz puente mirífico
que une la tierra y el cielo
en amor....

Fulgor de estrella lejana,
fulgor de ignoto lucero
visto del pueblo.... Fulgor
que en la noche de la aldea
desciendes hasta mi huérfano
corazón....

En la torre da una hora,
densa y grave, la campana
del reloj.
Y en ondas innumerables
se va alejando, alejando
por los contornos el són....

Reloj del pueblo que angustias
con murmullos enigmáticos
el redor....
Alma lenta de la aldea
que al apagarte prolongas
tu ritmo en el corazón....

Río, canción, luna, estrella
que girando vais al margen
del reloj
como prófugos fantasmas
en torno de un viejo rey
de misterio y de dolor....

Río, canción, luna, estrella
que anidasteis en mi huérfano
corazón:
hilo de amor y de ensueño
con la mía vuestras almas
enlazó....

MARIO CARVAJAL

LUIS LOPEZ DE MESA

ANALECTAS DEL LIBRO TITULADO "LOS PROBLEMAS DE LA RAZA EN COLOMBIA," QUE APARECERA EL PROXIMO 12 DE OCTUBRE

LA INTRODUCCION

Aparece ahora la observación de que el crecimiento de los organismos se verifica, al menos en la zona templada, por ritmo de definida periodicidad; que no es el lento y progresivo desarrollo aparente—y hasta hoy tenido por verdadero—el que sigue la vida en su ciclo oscuro y amable. Por mi parte, y sin querer hallar similitudes entre la vida de los seres y el funcionamiento social, he creído entrever en el progreso humano un ritmo de avance periódico, que tiende a la aproximación, cual si buscase seguir las normas de un movimiento acelerado. Mediante este ritmo la humanidad progresa en diversas direcciones, dejándose una como vacación para las facultades que ha empleado muy activamente.

De ello tuve noticia inicial en mis estudios de la historia de la biología, pues me pareció que sus progresos se efectuaban como por sacudidas de tiempo en tiempo, más y más aproximadas entre sí con el avance de la historia, y aun en coincidencia con las grandes revoluciones espirituales del mundo: civilización griega, cristianismo, escolasticismo, renacimiento, revolución inglesa, revolución francesa, agitación liberal del 48, guerra franco prusiana, etc.

Y me pareció asimismo que las ideas no nacían de gestación genial espontánea en los individuos, sino de una como vibración general del alma humana, porque las vi aparecer en varias partes a un mismo tiempo y vivir una vida en algún modo diferenciada del hombre, propia, cual de una energía especial que arraigase en el espíritu, es verdad, pero que dentro de él alcanzase cierta individualidad viviente; y determinar una vocación a su observancia y análisis para crear, como de industria, ese cúmulo de aproximados tanteos que preceden a los descubrimientos, y aun la coincidencia de un mismo descubrimiento en diversos lugares.

Tal se me ocurre que viene acaeciendo ahora con esto del porvenir de las razas, si de tal modo podemos mentar a los aglomerados étnicos que con este o aquel nombre nacional existen en varios lugares, ya de Europa, ya de nuestra América. Porque en todas partes va apareciendo uno como examen de conciencia nacional, que busca hacer el balance del pasado por ver de hallar las posibilidades del futuro. De ahí la agitación de ideas que dio lugar a los estudios que hoy presentamos en este volumen para que el lector colombiano y el extranjero tengan algunos datos cuando piensen en la suerte de Colombia, y discriminen, a la vez, el pro y el contra de nuestra situación como pueblo libre y soberano que somos, y a que aspiramos continuar siendo con vigorosa voluntad.

Pero, ¿y aquella agitación de qué nos viene? Estábamos, y aún lo estamos, inciertos de seguir las normas heredadas de religión, de moral, de sociedad, de gobierno y de familia, que todo ello fue viciado de muerte por el mismísimo afán investigador del alma humana; y esa emoción de incertidumbre nos traía y nos tiene cavilosos e irritables. Además, como fruto de ello, y como expresión de una revolución económica-social que es, la guerra europea, o mundial, si hemos de ser más precisos, desató encadenados sentimientos que están ahora combatiéndose dentro del alma de los pueblos y dentro del alma de cada uno de nosotros. Esta guerra fue y continuará siendo la lucha ciega y rara que por la igualdad há siglos, si no milenarios, emprendió el espíritu del hombre, obedeciendo quizá a calladas leyes naturales: como el socialismo, su expresión más cumplida, ella es un hecho histórico, a saber: lo que se verifica ineluctablemente por determinación de la vida propia de la humanidad. Conmociones así las hubo para alcanzar la igualdad moral, y así por la igualdad religiosa, por la igualdad política.... Esta nos viene a su turno buscando la igualdad económica.

Es, pues, un momento de crisis de ideas y de sentimientos universales lo que nos trae por estos caminos al parecer tan propios y espontáneamente transitados. Es la gran incertidumbre humana de este siglo, precursora sin duda de nuevos horizontes ideales, pero destructora y amarga por el momento, la que nos contagió y en nosotros se agita a su vez.

Y.... no quisiera pensarlo! Acaso acaso, todas esas conquistas de la igualdad, como la nivelación cultural por que abogamos tan ahincadamente todos; como la nivelación de los individuos, llamada fraternidad; la nivelación de los mitos, llamada libertad de cultos; la nivelación de las banderías, llamada constitucionalidad de los partidos políticos; la nivelación de la actividad y de la adquisibilidad, llamada con este o ese otro apelativo socialista, ¿no precisan en pocas palabras una tendencia hacia el estancamiento definitivo y letal del alma humana, ya que nivelación perfecta en un mismo plano da por resultado indefectible la quietud?

¡Y qué mucho que nos importa, siquiera la consciencia humana sea mero testigo de la ley! Que se cumpla ésta y esotra prosiga su arcano devenir, es natural; pero, felices nosotros, generación incierta, si de tales cataclismos como vemos y veremos nos llegaren oportunamente nuevo alimento espiritual e ideales nuevos!

Y, volviendo a nosotros y a los problemas particulares de que trata el presente volumen, digamos de una vez que el primo honor corresponde, en esta campaña por el mejoramiento de las condiciones y cualidades del orden biológico y cultural en Colombia, al doctor Miguel Jiménez López, iniciador de ella, calificado y oportuno como pocos; y grande mérito a la Asamblea de Estudiantes de Bogotá que supo darle calor y forma tomándola por suya, con un sentimiento claro de su misión educativa, y citándonos como a noble justa, en el Teatro Municipal, para que ante un público, tan numeroso como nunca ahí se viera y perito en achaques de pensamiento, dijéramos lo que nos pareciese oportuno y conducente acerca de este arduo cometido.

Cultura, cuyos redactores han seguido paso a paso la difícil gestación de muchas ideas aquí expresadas, reúne hoy en este volumen todo ese esfuerzo nacional, y lo entrega al gran público como una consecuencia de su espíritu.

EL ELOGIO DE LA LENGUA CASTELLANA

.... En la lengua se informan ideas vagarosas y sutiles, embriones no más o gemas vernales, en que los pueblos van cuajando su progreso espiritual y su evolución histórica; en ella viven delicadas emociones imprecisas que suben a nosotros de raigambres étnicas remotas, y viven con ella su perdurable emoción los paisajes patrios y las ensoñaciones primeras de la vida. De ellas, en suma y fin, cobran tibieza acariciante y suave luz las membranzas del hogar y del amor, con sentido que no se expresa, sino se enmarca dentro del ritmo quizás o de enmarañadas asociaciones de inefable simpatía. La lengua madre tiene significados que intuitivamente se reconocen, aun en la ignorancia de los valores lexicológicos precisos, quizá por sugestión vaga de los fonemas en sí, por la cadencia de expresión con que se modulan y por asociaciones de similitud verbal cuasi inconscientes. De donde quizá provenga en parte la mayor capacidad comprensiva de los pueblos que entre nosotros tienen más puro su origen hispano y la notable deficiencia de expresión y aun de comprensión de los que traen casi todo el caudal de sangre indígena. Y no por esto meramente debemos cuidar de nuestro idioma. Por menores defectos de pronunciación que dañan a la uniformidad nacional se afanan los Ministros de Instrucción Pública de países como Estados Unidos, hasta el punto de dedicar a su corrección extensas circulares y campañas de enmienda. Si nosotros hemos ya perdido preciosos fonemas castellanos como la c, la *v* y la *z*; si no hemos aclimatado la *sc* y desterramos el *h* aspirada y estamos en peligro de abandonar la *x*, debemos detener al menos otras mayores perturbaciones. En Antioquia y algunas otras partes desapareció la *ll* tan graciosa y aristocrática; ahí mismo toma la *s* un sonido palatino posterior que ahueca la pronunciación, dándole tonalidad de voz envejecida. En la Costa se hizo gutural cuando se antepone a las consonantes y da un sonido de *j*, muy plebeyo y confuso. También ahí la pronunciación explosiva de las sílabas acentuadas eliminó el suave sonido de la *d* final. En esta altiplanicie tienden a confundirse la *ch*, la *rr*, la *d* y la *t* licuante, produciendo graves confusiones, como entre treinta y ochenta; y dicen adlántico, dres, por atlántico y tres, más sonoros y precisos. La *i* se ha abierto un poco y toma el sonido similar inglés, como en *it*, haciendo de Victor, por ejemplo, *Véctor*. La corrección de estos defectos no es imposible en la escuela primaria, y con ello algo atenuaríamos el complicado problema de los acentos regionales, en que esos mismos elementos se combinan con un ritmo peculiar, acentuación diferente de la frase, para producir grandes diferencias y ahondar las separaciones entre unas y otras partes de la República. El modo explosivo de la Costa que da al acento principal de la frase un tono recortado, fuerte y breve; el antioqueño que ese mismo acento prolonga, como alargándolo con déjo de intención; el tolimense, que inicia el acento fuertemente y lo dilata luégo debilitándolo como una suave queja, *et sic de coeteris*. Pierden, creo yo, nuestros puristas del lenguaje precioso tiempo en corregir los barbarismos, que las más de las veces no resultan tales, o que si lo son, vienen oportunamente a fecundar la lengua, y descuidan lo que de ella es el alma y puridad, su conjugación y concordancia, su fonética peculiar, la riqueza portentosa de sus regímenes verbales y la precisión en el empleo de los adjetivos, adverbios y conjunciones que la espiritualizan tánto y ennoblecen.

Porque el alma de las razas está en su lengua. Si recuerdo que una vez decía muy ufano de sí y poco consecuente con la antítesis que él mismo planteaba, un simpático negro de mis montañas, muy culto en verdad y muy ladino: «Nosotros los representantes de la raza latina....» Y primero que asomase a mis labios la burla, pensé que era verdad. Leía él en propia lengua original los cármenes horacianos y el castigado decir de Cicerón; leía también en la fabla jónica las epopeyas de la amada Hélade, y del dulzor castizo de la literatura cervatina tenía su palabra un arcaico déjo y sabor. La cálida elación emotiva de nuestra vieja raza rebrillaba en sus ojos al relampaguear de los vocablos castellanos, arrogantemente henchidos de vocales sonoras; siseaba en sus labios la *s* amorosa de los síes, ondulaba en los períodos bonancibles la suave lenidad femenil de la *d*, de la *v* y de la *f*, repercutía el sonoro rebato de las erres al reclamo de las emociones fervientes, y tremaba, a su vez, la *t* licuante que subyuga y enaltece las eres y las eles cuando encarna el trémolo de la ira o la leda palpitación de las caricias labiales....

CABEZAS DE HOMBRES DE LETRAS



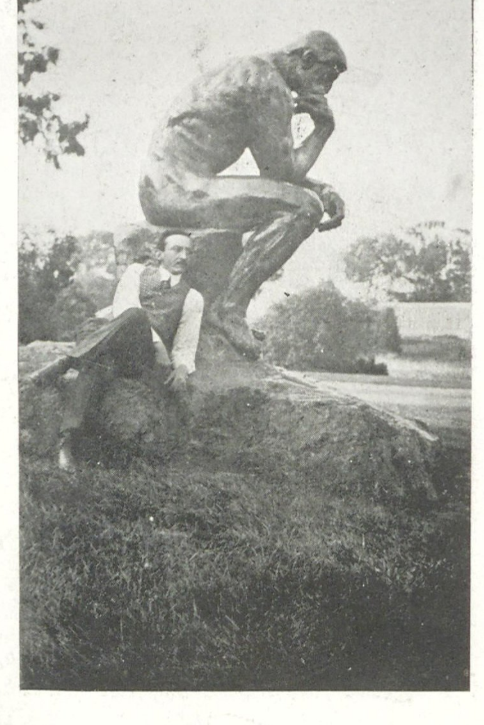
LUIS LOPEZ DE MESA

LAS GRANDES ESCULTURAS

"EL PENSADOR" A Víctor M. Londoño.

Como algo más que un símbolo, como una síntesis de ebullición interna, el genio de Augusto Rodin plasmó en el bronce la figura egregia de *El Pensador*.

Dijérase que en esta cabeza, como en un volcán pronto a estallar, bullen en grave gestación las ideas eternas y se aprestan a cumplir su misión redentora en la conciencia de los hombres. Se medita, al contemplar este bloque por cuyo torso el buril del artífice hace correr sangre de dioses bajo las venas pletóricas y los recios bíceps contraídos, en los combates que hemos de librar a diario para conseguir con el pensamiento un punto siquiera de avance en la caravana. Parécenos asistir a la solución de los recios problemas que la vida planteara, y absortos ante el soplo del escultor sentimos el aletazo de la impotencia que nos clava, parias de un Sino caprichoso, en el marasmo de bajas concreciones.



Hé aquí la obra saludable del Arte. Del arte recio y casto, con esa castidad magnánima que invocaba Guyau para su «sexto sentido invulnerable». Seduce con la magia multiforme de sus manifestaciones y aprisiona con la sugestión dominadora que irradian sus obras eternas. Es consuelo para quienes en pos de una modalidad de belleza alcanzan a sentirse por un momento en contacto con el alma de los grandes creadores, y deja una dulce amargura en el espíritu de quienes no hemos logrado reducir a forma tangible la gama dispersa de los sueños.

La obra escultórica de Rodin, juzgada y calificada en globo por la crítica más inmisericorde del último siglo, tuvo como característica la enormidad fabulosa de sus objetivaciones. Poeta del amor poderoso y del dolor que aplasta, el gran francés a quien Clemenceau negara los honores póstumos en nombre de la República fue también un enamorado de la Fuerza. Sus bloques tienen la atracción irresistible de los abismos y de las montañas. No podemos pasar ante el museo de esas gigantescas figuras sin sentir, al par que la emoción sugerida por la presencia del genio artístico, algo como un miedo íntimo, el «terror sagrado» de Ulises, un tembloroso respeto por hallarnos en contacto con un super-mundo de Titanes.

Al lado de esos leones gigantescos y de esas rocas de las cuales el escoplo hizo surgir rasgos de hipogrifos incomprensibles, el genio rodiniano dejó creaciones de una maciza sustantivación humana. La magnitud de su obra escultórica no aceptó nunca las borrosas actitudes ni las medias líneas vaciladoras. Su pulso recio no titubeaba ante la robustez de las concepciones de su pensamiento prodigioso. De cada golpe de ese martillo creador reventaba a la vida una obra de genialidad iluminante. Las figulinas de Tanagra y los retoques alambicados, los Eros diminutos de los filigranistas, el detalle nimio de los buriladores florentinos, dejaban el campo a la vigorosa gestación de sus bronces ciclópeos, forjados a fuego de sol en la fragua de un arte que asustó a sus contemporáneos. Por eso se le llamó loco en vida y se le desconoció, mistificándolo, a raíz de su muerte.

En *El Pensador*, en esa mole arrancada por los dedos de un semidiós a las canteras de una nueva Pathmos, cristalizó Rodin el vigor todo de las tempestades cerebrales. No es ya el mítico Prometeo a quien desgarra a pleno espacio un buitre sañudo, ni el atormentado Servet que siente las lenguas de la hoguera consumir como víboras enrojecidas su propia carne, dominada por férreas ligaduras. Son todas las borrascas del espíritu y de la inteligencia en plena libertad de sus lazos terrenos; son el pasado y el porvenir que desfilan ante la contemplación atónita del presente; es el bullir de todas las ideas, el aletazo de mil águilas desperezadas en la caverna herida de repente por el brillo de una abstracción.

Consuela y vivifica este arte de fuerza incontrastable que deja, como el beso de los vientos marinos, una saturación vigorizante en el ánimo. Hay que bañar de tarde en tarde la enclenque contextura de nuestros sueños en estos pozos de fortaleza creadora, de los cuales saldrán sanos y robustos sus rasgos atrofiados por la mezquindad ambiente. Como los paralíticos de las romerías a quienes la Fe redime, trocando en poder milagroso el influjo de la santa piscina, debemos acercarnos al alma de estos grandes maestros de idealismo, de estos optimistas suntuosos, modeladores de un concepto artísco y enorme de la vida.

Al igual de casi todos los forjadores de belleza, Rodin tuvo en su carrera detractores acerbos. A más de loco y maniático, como se le llamó, llegó hasta a decirse que las obras que presentaba eran robadas a uno de sus discípulos. El soplo de la Némesis implacable arrasó, desde la prensa francesa, muchas de sus concepciones en pleno surgimiento. Es la eterna historia de esos iluminados portentosos. Detrás de Homero va Zoilo. Tras el Dante se agazapa Bettinelli. El angélico Buonarotti envejece en su taller solitario.

Pero rendida la odisea doliente, el genio cosechará su recompensa en la posteridad consagradora. Hoy los mismos que negaban a Rodin promueven la reivindicación gloriosa de su obra escultórica. Y la silueta de *El Pensador*, enguirnaldada con el laurel-rosa que los griegos propiciaban en sus ofrendas, será el mejor centinela que vigile el sueño de aquel artífice formidable.

Porque pasarán los actuales empeños de poderío y grandeza, rodarán en el polvo de los siglos las teorías y los dogmas, se abatirá como una bandera despedazada por la tormenta el orgullo de las generaciones, pero sobre la cima luminosa del Futuro y con la gravedad muda de los problemas eternos, el bronce aquel seguirá pensando.

Jorge Matéus.



DOCTOR ENRIQUE OLAYA HERRERA



PAGINAS BREVES

Es un muchacho ciego el que hace gemir su organillo al pie de mi ventana. Yo lo veo pasar y detenerse en la esquina, entre un grupo de chicuelos curiosos. A poco comienza la música vieja del instrumento, y es como si en toda la tarde no hubiese más que aquella melodía que infunde una pena muy honda.

Hoy ha llegado un poco más temprano. Pasó cuando yo leía en mi habitación, de cara al campanario de la ciudad, en cuya ojiva acababa de esconderse una golondrina.

He salido a la ventana. No há mucho que cesó la lluvia: una de esas lluvias ligeras de verano que excita el buen olor del suelo. Los árboles están como nuevos y sacuden el follaje espolvoreado de sol cada vez que sopla el viento agudo de la sierra. El vecindario se ha puesto feliz. Hay muchas mujeres que cantan a la puerta, porque ya la llovizna va lejos y se deshace luminosamente en un confín de la tarde. Por el cielo, de un azul lavado, pasan nubes veloces de aquellas que esperan los pueblos acampados a la orilla de los cauces secos. En todas las ventanas del barrio hay flores nuevas. Un perro ha salido de una puerta y se ha tendido sobre una mancha de sol. En una alcoba cercana se oye el canto de una nodriza y el vaivén de un telar. Y aquellos dos rumores se funden en esa romanza dulcísima que siempre ha traducido la dicha del hogar laborioso en la flauta de los cantores desterrados.

El muchacho ciego ha comenzado a darle vuelta al manubrio. Y los tubos de metal interpretan una música antigua que acaso he oído ya en el coro de algún convento o en la caja de esos relojes de bronce que tienen grabadas escenas pastoriles.

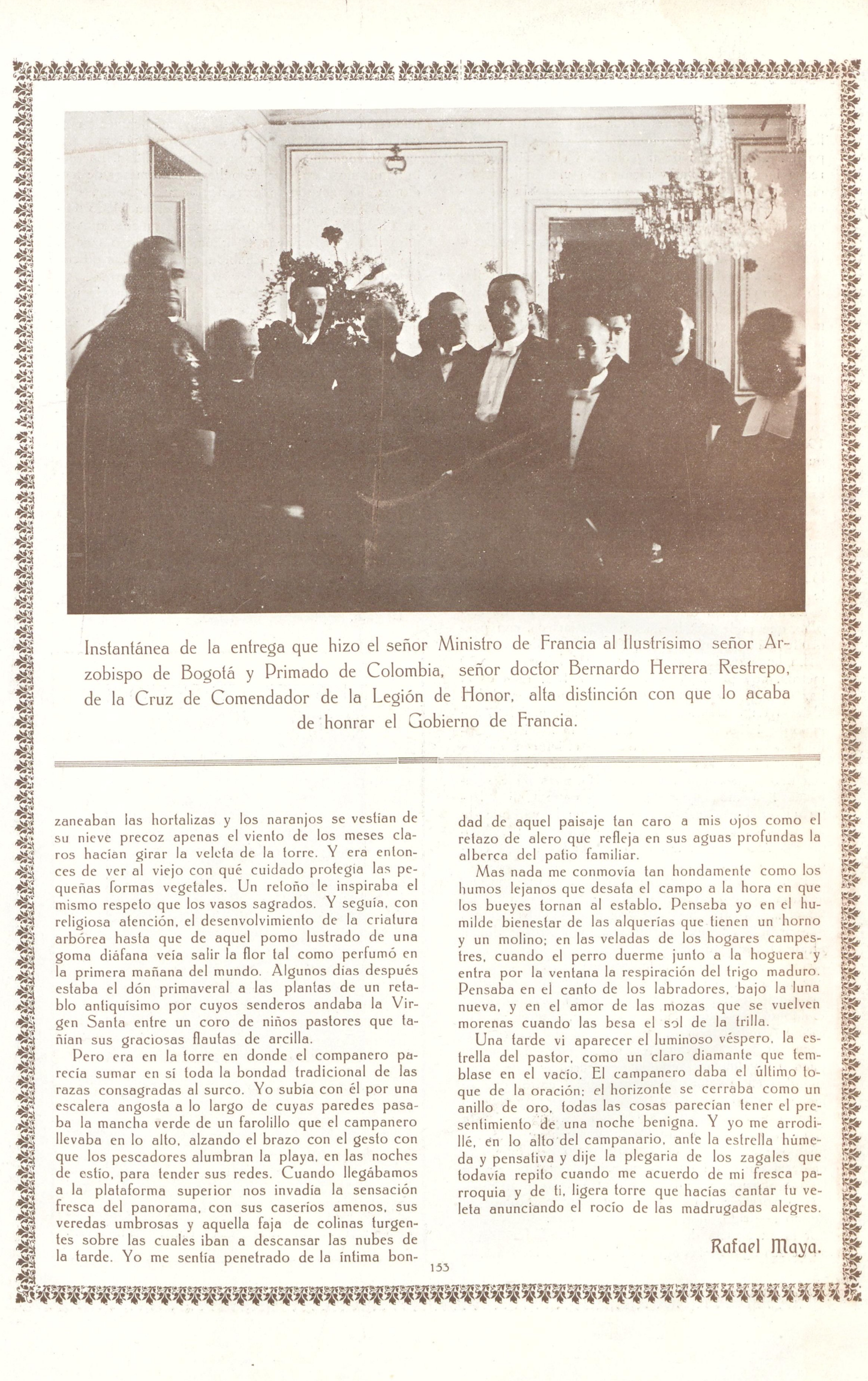
Toda la dulzura de la hora parace fluir del instrumento gitano que ha alegrado a las gentes de las posadas y de las plazas. Toda la pureza del ambiente parece recogida en los ojos inanes de aquel chicuelo que lleva su música a la espalda como un árbol que marchase con su fronda de pájaros.

Y hé aquí que, cuando el organillo se aleja, una mano que yo conozco arroja su moneda de plata. ¡Ah! es la vecina rubia por quien todas las noches lleno mi lámpara de aceite, pues me gusta vislumbrar la alborada cuando corto el último verso del poema en que he de celebrar la fiesta de sus años, coronados de las más frescas rosas. Y pienso —triste de mí— en que acaso me haya amado un poco al són de este organillo y en que acaso nuestras almas se hayan forjado el sueño de una vida libre y errante por pueblos felices o a lo largo de las playas de donde todos los días salen los buques hacia países extraños.

Yo cierro la ventana y escucho todavía la música triste del organillo, a tiempo que comienzan a encenderse las farolas de la ciudad.

LA TORRE

Yo iba a conversar todas las tardes con el campanero de la parroquia. Era un buen viejo ennoblecido en el trato constante con la tierra. Tenía un huerto menudo, antaño propiedad de la iglesia, que él había adquirido a fuerza de economías y en el que lo-



Instantánea de la entrega que hizo el señor Ministro de Francia al Ilustrísimo señor Arzobispo de Bogotá y Primado de Colombia, señor doctor Bernardo Herrera Restrepo, de la Cruz de Comendador de la Legión de Honor, alta distinción con que lo acaba de honrar el Gobierno de Francia.

zaneaban las hortalizas y los naranjos se vestían de su nieve precoz apenas el viento de los meses claros hacían girar la veleta de la torre. Y era entonces de ver al viejo con qué cuidado protegía las pequeñas formas vegetales. Un retoño le inspiraba el mismo respeto que los vasos sagrados. Y seguía, con religiosa atención, el desenvolvimiento de la criatura arbórea hasta que de aquel pomo lustrado de una goma diáfana veía salir la flor tal como perfumó en la primera mañana del mundo. Algunos dias después estaba el dón primaveral a las plantas de un retablo antiquísimo por cuyos senderos andaba la Virgen Santa entre un coro de niños pastores que tañian sus graciosas flautas de arcilla.

Pero era en la torre en donde el companero parecía sumar en sí toda la bondad tradicional de las razas consagradas al surco. Yo subía con él por una escalera angosta a lo largo de cuyas paredes pasaba la mancha verde de un farolillo que el campanero llevaba en lo alto, alzando el brazo con el gesto con que los pescadores alumbran la playa, en las noches de estío, para tender sus redes. Cuando llegábamos a la plataforma superior nos invadía la sensación fresca del panorama, con sus caseríos amenos, sus veredas umbrosas y aquella faja de colinas turgentes sobre las cuales iban a descansar las nubes de la tarde. Yo me sentía penetrado de la íntima bondad de aquel paisaje tan caro a mis ojos como el retazo de alero que refleja en sus aguas profundas la alberca del patio familiar.

Mas nada me conmovía tan hondamente como los humos lejanos que desata el campo a la hora en que los bueyes tornan al establo. Pensaba yo en el humilde bienestar de las alquerías que tienen un horno y un molino; en las veladas de los hogares campestres, cuando el perro duerme junto a la hoguera y entra por la ventana la respiración del trigo maduro. Pensaba en el canto de los labradores, bajo la luna nueva, y en el amor de las mozas que se vuelven morenas cuando las besa el sol de la trilla.

Una tarde vi aparecer el luminoso véspero, la estrella del pastor, como un claro diamante que temblase en el vacío. El campanero daba el último toque de la oración; el horizonte se cerraba como un anillo de oro, todas las cosas parecían tener el presentimiento de una noche benigna. Y yo me arrodillé, en lo alto del campanario, ante la estrella húmeda y pensativa y dije la plegaria de los zagales que todavía repito cuando me acuerdo de mi fresca parroquia y de ti, ligera torre que hacías cantar tu veleta anunciando el rocío de las madrugadas alegres.

Rafael Maya.

FERROCARRIL DE CALI A POPAYAN

Estúdiase en la actualidad la línea definitiva para llevar el ferrocarril de Guachinte a la ciudad de Popayán. La comisión de ingenieros y el gobierno parecen inclinarse definitivamente a la vía de la población de Morales. En nuestro concepto, y sin ser técnicos en la materia, esa disposición de ánimo traducida en un acto oficial, viene a colmar las aspiraciones del pueblo caucano en general, por las razones que más adelante exponemos.

La galante dirección de *Cromos* nos ha solicitado algunos datos acerca de la línea del ferrocarril del sur. Accedemos con gusto y aprovechamos el momento para manifestar nuestro agradecimiento a la interesante revista colombiana que así se preocupa por recoger día a día todas las palpitaciones, lentas pero vigorosas, del progreso patrio.

De Cali a Agauche están marcados 64 kilómetros. Hasta allí no se ha presentado dificultad alguna. Pero del kilómetro 64 a Popayán se han hecho desde 1909 diferentes estudios sobre el terreno a fin de buscar la vía más favorable por sus condiciones técnicas y por su aspecto económico, desiderátum de esas empresas. De tales estudios surgieron tres líneas, entre las cuales ha estado el debate, a saber:

La línea oriental, que parte del kilómetro 65, común a todas, y va a Popayán con un desarrollo de 105 kilómetros 836 metros, o sea en total 170 kilómetros 836 metros desde Cali, con una pendiente máxima del 3 por 100 compensado;

La misma línea oriental con la variante de *La Capilla*, que mide 102 kilómetros 433 metros, con pendiente máxima del 3 por 100 compensado; y

La línea occidental, que mide 93 kilómetros 900 metros, con pendiente del 2 $^{1}/_{2}$ por 100. Esta es la llamada del río Cauca, y fue adoptada por el Ministerio de Obras Públicas en resolución del 27 de junio de 1916, oído el concepto de la Sociedad Colombiana de ingenieros y atendido el informe de los ingenieros doctores Jorge Páez y Jacinto Caicedo R. Sin duda es ésta la vía más corta, pues mide solamente 150 kilómetros 300 metros entre Cali y Popayán, en tanto que la oriental, con la variante de *La Capilla*, alcanza una longitud total de 167 kilómetros 733 metros. Pero no reunía las demás condiciones requeridas.

Entre la oriental propiamente dicha y la misma con la variante de *La Capilla* se ha estudiado en los últimos meses otra línea por una comisión de técnicos que preside el muy notable ingeniero doctor Julián Uribe Uribe. Ignoramos hasta este momento las condiciones y longitud de la nueva vía, pero sí sabemos que favorece, lo mismo que las otras dos orientales, los siguientes núcleos de población: Morales, Tunía, Caldono, Pescador, Silvia, Usenda, Paniquitá, Totoró y Cajibío, con una masa de población que excede de 35.000 habitantes, núcleos que fácilmente pueden comunicarse con el ferrocarril porque están situados en la falda de la cordillera Central, que se inclina suavemente a la corriente caudalosa del río Cauca. Por otra parte, no puede perderse de vista el intenso comercio que por Silvia se hace entre los pueblos meridionales del departamento del Huila con el del Cauca. La ciudad de Silvia, situada a siete leguas al sureste de Popayán, está llamada a un risueño porvenir, no sólo por su enorme producción agrícola—trigo, harinas, cebada, papa, etc.,—sino por la excelencia de su clima y la bondad milagrosa de sus aguas—las aguas del rugiente Piendamó,—que recuerdan las fuentes de Vichy, mágicamente evocadas por la cálida pluma de Blasco Ibáñez.

El ferrocarril a Popayán es una realidad. La junta administradora, que sólo lleva ocho meses de funciones, ha llevado la explanación a Agauche, esto es, 30 kilómetros, y ha empezado el enrielado desde Guachinte. Terminado éste en Aguache, quedan para llegar a Popayán 40 kilómetros más o menos. No podía exigirse más habida cuenta de las dificultades de la hora.

La capital del Cauca será indiscutiblemente uno de los centros más prósperos del sur, pues tiene riqueza agrícola y pecuaria que no mueve en suficiente escala para el desarrollo de la riqueza, porque le ha faltado una vía al opulento Valle del Cauca. Ha esperado con paciencia esta hora, iluminada por la antorcha de su historia y la lumbre lejana de sus estrellas, con la conciencia plena de su energía al través de los años. Su símbolo más perfecto, ya entrevisto por el numen de Pombo, es el Puracé con la nieve eterna sobre sus crestas, pero con fuego inextinguible bajo la entraña ignívoma; es el Puracé, resistiendo hora a hora la lluvia de piedra y de ceniza sobre los hombros de granito, en tanto que la ciudad callada ha resistido la inercia del olvido y de la ingratitud. La República le debía una reparación: ha empezado a sonar la hora solemne que esperaba la justicia vindicadora!

Jorge Ulloa.

Bogotá, septiembre de 1920.



La niña Leonor Pardo Valenzuela muestra aquí, en su risa deliciosa y juguetona, la inocencia y el encanto de una criatura que contaba cuatro años de edad. Un malaventurado accidente tronchó esa rubia florecilla, abierta apenas a todo lo que en la vida es luz, sonrisa, dulce retozo infantil. Andando por el campo, cayó ella debajo de un carro de yunta, y al rozarle una rueda la angelical cabecita, dejóla muerta instantáneamente.

Vida nueva exuberante, alegría primaveral de la infancia, divina inquietud del alma no tocada aún por el dolor, delicias de los bucles dorados y del reír sin mancilla, dulzura inefable de la mirada por la cual pasan claridades del Edén: todo desapareció al contacto con el burdo vehículo inmisericorde.

Llegue a sus padres, don Jaime Pardo y doña Leonor Valenzuela de Pardo, nuestra expresión de pesar, y hallen ellos pronto consuelo para la pena con que los acibara la muerte de la tierna niña.

NOTAS DE ARTE

LA MEDALLA DE HONOR ESPAÑOLA.—NUESTRAS ESCULTURAS.—LA ESTATUA DE MURILLO TORO

Había tardado España en consagrar de modo definitivo la obra del escultor Inurria, otorgándole la medalla de honor; Mateo Inurria es una gloria española y uno de los más grandes escultores contemporáneos. Su enorme talento corre parejas con su delicado sentir y su profundo conocimiento de factura. Su arte es personalísimo: es el producto de un íntimo estudio de su yo al través de largos años de trabajo silencioso y reconcentrado en el taller, alejado de toda ambición que no fuera el logro de su ideal.

Mateo Inurria, como Miguel Angel, como Rodin, es el intérprete fiel de la naturaleza a la manera griega: sencillez suma, suave serenidad y sensibilidad exquisita y sugestiva.

No necesita su arte de recursos anecdóticos ni literarios, no cuenta historias ni apuntala el sentimiento con símbolos de receta o actitudes teatrales que requieren explicación. Así, por ejemplo, la figura de mujer que tituló *Forma* y con la cual mereció la medalla de honor en la exposición de Madrid del presente año, carece de brazos y de cabeza, es un torso; trozo de mármol en el que ha hecho vibrar la curva femenina y la vida de modo triunfal.

Otro aspecto que hace el arte de Inurria helénico, es su tendencia a resucitar en la estatuaria, de manera discretísima, la cromía griega. Sus estatuas están hechas en mármoles de color suave que realza la armonía visual sugestivamente; en algunas, como en la ecuestre del Gran Capitán, la policromía se acentúa con manifiesta franqueza, pero originalísima y simbólica.

* * *

Aquí en Colombia se impone una orientación hacia España en cosas de arte, sobre todo al tratarse de la interpretación escultórica de nuestros hombres y hechos. La sicología de la raza así lo pide, nuestras cosas son cosas de España; nuestras afinidades son más grandes de lo que a primera vista aparecen; los artistas iberos están en mejores capacidades para comprender nuestra idiosincrasia y llevar a forma plástica nuestros genios y glorias.

El estudio que pudiera hacerse de las estatuas encargadas a París para ornato de la capital y honra de nuestros prohombres, afianzaría la razón dada para pedir otra clase de artistas intérpretes de nuestra raza y modo de ser.

La estatua de Sucre es un fracaso. ¿Quién va a comprender al hombre por excelencia modesto y ecuánime, en esa figura de espadachín pretencioso de la Plaza de Ayacucho? Recordamos un boceto del Gran Mariscal hecho por un artista bogotano, y allí sí vimos la serenidad de la silueta de Sucre. Una exageración es la estatua de Nariño; una afectación, la de Caldas; una completa incomprensión de la sicología y figura del Libertador, en Fremiet, y un error de conjunto, la de Murillo Toro.

Bien sabido es, por el que está al tanto de las costumbres de taller, lo que pasa en París *chez* un artista consagrado, cuando recibe un encargo de allende el mar. Una obra buena en este caso, no aumentará la fama adquirida por el autor, y una *chambonada*, para la exportación, no perjudicará, en lo más mínimo, tampoco al artista que desde París dicta leyes estéticas a países rudimentarios y sin educación sensorial suficiente, donda llama la atención lo bonito y jamás se aprecia lo bello.

Una vez recibido el encargo de ejecución, toma nota de los documentos relativos al personaje y los entrega al discípulo que escoge para el caso; éste ejecuta, el maestro da indicaciones y toques característicos, y luégo presenta al comisionado la obra, como producto genial de su propio arte. El comisionado ignaro, ayuno de lo que se trata, calla y acepta. Rara vez se ve el caso de objetar e imponerse, como en la obra de Fremiet, quien presentó al encargado un mono cualquiera que nada tenía de Bolívar, y gracias a esa imposición pudo lograrse una mejor apariencia.

No creo que tal pueda suceder si se busca en España el ejecutor de obras semejantes. España mira a América como cosa propia; el mercantilismo no entraría a figurar como único elemento, pues la gloria del artista español cuenta también con los laureles de acá, como si fuesen nacidos en el patrio huerto.

La estatua de Murillo Toro, por Verlet, está mal emplazada en un recodo, sobre una eminencia que la empequeñece y contra un fondo que la absorbe. El pedestal es mezquino. Pero nada de esto perjudica tanto la obra como la interpretación que se quiso hacer del hombre y sus hechos, pues casi es una caricatura. La figura en sí tiene proporciones y dibujo, a pesar de la factura demasiado libre; la posición es pasable, pero los detalles adjuntos son inadmisibles. ¿A qué viene ese banco de madera vieja al pie, y por qué prenderle a la espalda esas ramas de tabaco? ¿A qué ese adminículo de romana o barra con pesas que salen por entre los brazos de la estatua ridículamente? Se quiso significar, al cruzarle al pecho la banda presidencial, que había ejercido la primera magistratura, y el vestido de etiqueta que lleva es acorde, pero se le colgó al ojal gruesa leontina de reloj para que hiciera juego, seguramente, con los detalles de tabaco y banco de mercachifle de feria.

Una escultura es tanto más artística cuanto más se acerque a la suprema sencillez de bloque, pues a medida que se desdeña el elemento adjetivo inútil, la esencia del carácter se aquilata, se reconcentra. Cuando el artista busca fuéra puntos de apoyo, rompe el equilibrio de masa, de unidad objetiva y subjetiva, de euritmia.

La elevada figura moral e intelectual de Murillo Toro no admite que se le añadan pequeñeces para ayudarla a ser comprensible. El artista que la interprete tiene que ser grande también y mirar a esa altura desde otra igual.

Rafael Tavera G.



El escultor Mateo Inurria.

MAIZOLA



.·. Danza para piano .·.

Jerónimo Velasco

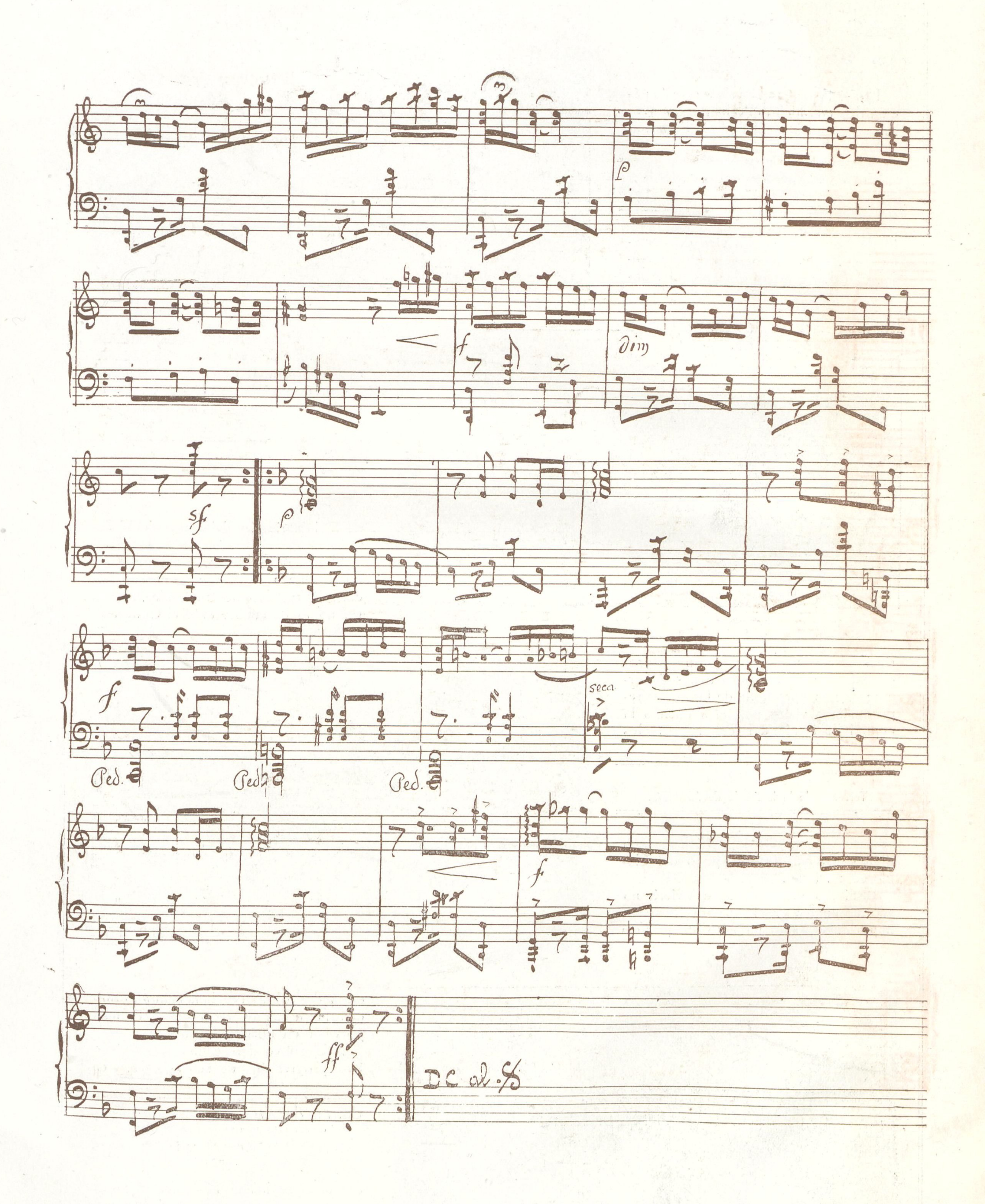
Para Emilio Murillo.

MODERATO

INTRO

DANZA

fin



p
f
dim
sf
p
f
Ped.
Ped.
Ped.
seca
f
ff
DC al 𝄋

Las carreteras de Santander.

Las vistas que publicamos en esta página dan una idea del esfuerzo que realiza en estos momentos el Departamento de Santander en sus vías de comunicación, cuya carencia le ha impedido su desarrollo, no obstante la laboriosidad de sus hijos y el espíritu progresista que ha animado a sus gobernantes. Las carreteras de las cuales reproducimos vistas parciales unen a la capital de Santander con importantes centros agrícolas e industriales y son dignas del más franco apoyo del Gobierno nacional.

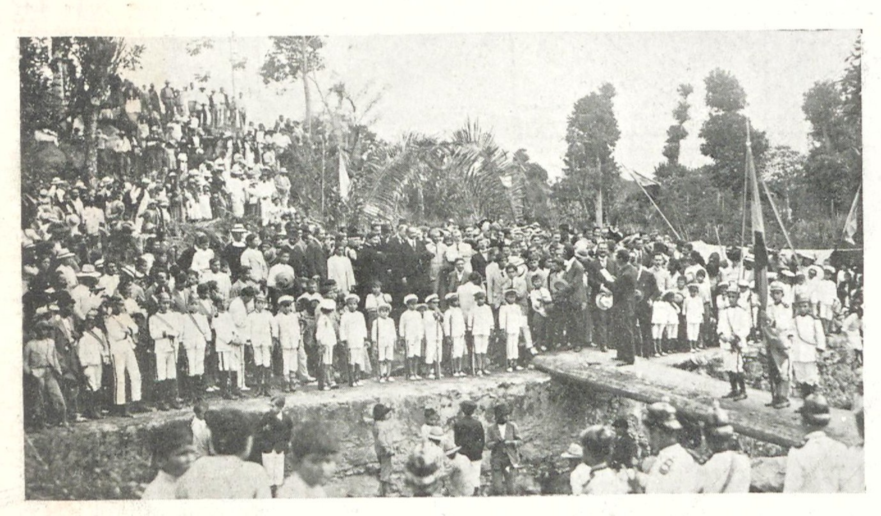
El dinero que en ellas se invierta no será un auxilio gracioso para obras sin importancia, sino un acto de justicia para un Departamento que se ha visto olvidado de casi todos los Gobiernos, no obstante haber sido el primero en tiempo de paz y de guerra en acudir en defensa de las instituciones, de la integridad y del honor de la República.

El actual Gobierno, que ha mostrado otra línea de conducta en relación con el progreso de Santander, apoyará, no lo dudamos, ante el Congreso, estas dos obras que beneficiarán grandemente a una de las regiones de más porvenir en nuestra República.

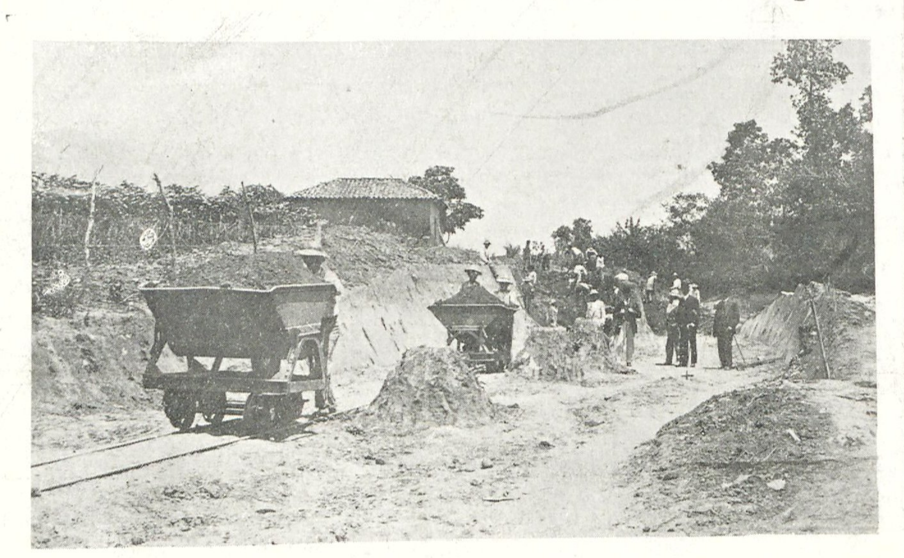
El Ejecutivo debe estimular las iniciativas progresistas de sus agentes, y en ese caso se hallan las carreteras que con tesonera constancia ha emprendido el Gobernador doctor García Hernández para unir a Bucaramanga con Girón y con Piedecuesta.



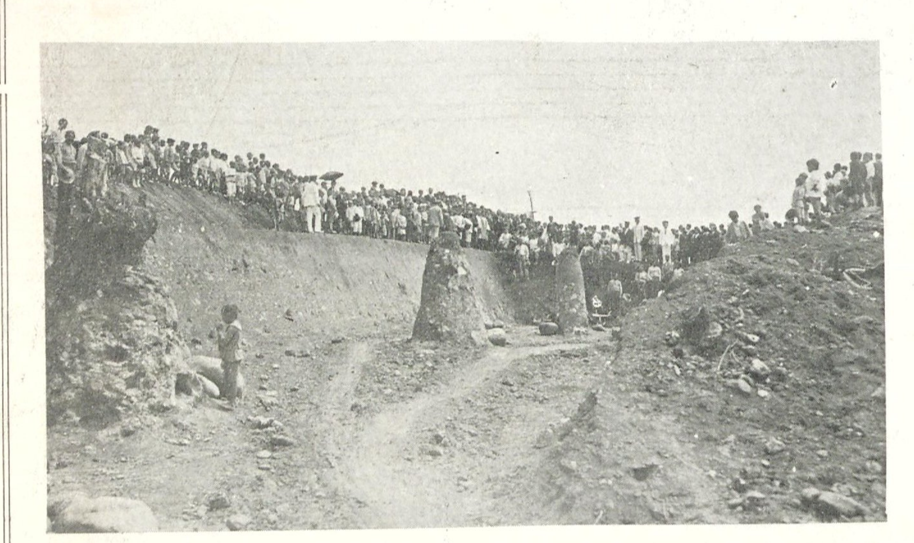
Carretera de Piedecuesta.—Hermosa recta de *El Tirol.*



Carretera de Piedecuesta.—Recepción de 3.500 metros y tendedura de los estribos del Puente de Simón Bolívar.—7 de agosto de 1920.



Carretera de Piedecuesta.
Terrenos de la hacienda de *La Mata.*



Carretera de Baraya.—Segundo corte profundo al empezar el descenso a la Vega de la Quebrada de la Iglesia.

ELEGANCIAS

El vestido es en toda mujer joven y hermosa, arma destinada a herir la emotividad masculina. Ya lo expresó Musset en lírico arrebato; y sin que venga al caso recordar lo que afirmaba después el gran poeta sobre el desarme, con apasionada irreverencia, hallamos en el hecho psicológico que este concepto envuelve, la oculta causa de esa renovación infatigable y constante que constituye el alma tornadiza y deliciosa de la Moda.

Los colores de las telas, su trama, ora tupida y costosa, ora liviana y transparente; los adornos, ya vistosos como llamaradas de incendio, ya discretos como primeras y tímidas caricias; y el corte de los trajes, en unas ocasiones ampulosos y amplios, como para ocultar dentro de pliegues misteriosos la carnación espléndida de paganas hermosuras, y en otras reveladores y ceñidos a las líneas del cuerpo, como para mostrarlas con audacia suprema y artística, a semejanza de Venus surgiendo del mar y momentáneamente vestida con la leve gasa de una inasible espuma; todo ello, lectoras, está diciendo hace siglos que el traje exterior al menos, no tiene otro objeto sobre cuerpos femeninos, que llenar de belleza y amor los ojos y los corazones de los hombres.

Por eso las confecciones de los modistos, unas veces alargan y espiritualizan la silueta, convirtiéndonos en animado sueño o encarnación de místicas Ofelias; otras, acentúan y exageran con pagano anhelo esos contornos peculiares de la plástica femenil, transformándonos en la viviente cristalización de aquel voluptuoso y sonoro ideal de tangible efecto que inspirara a los artistas desenfadados y epicúreos del Renacimiento.

Fijaos, por ejemplo, en el precioso modelo que ilustra esta charla. El corte es amplio, para dar libertad al cuerpo, pero con la suficiente maestría para dejar entrever con discreción exquisita y clara la euritmia dulce de un cuerpo bien hecho; el talle, que corresponde y armoniza con la base natural del torso, subraya coquetonamente el nacimiento de las caderas, en figura de ánfora velada y de clásico dibujo; el escote, bajo es cierto, pero cortado en ángulo, de manera de que no resulte *trop fort*, revela la garganta airosa, el pecho firme y el arranque encantador de unos hombros finos y blancos; las mangas cortas dejan lucir la gracia de los brazos, y la falda, de diseño redondo y bajo, viene a realzar únicamente la agilidad graciosa de unos tobillos estrechos y de unos piesecitos menudos e inquietos.

El foular blanco, en el que se hace este traje, es lo más a propósito para las muchachas solteras, que aman lo blanco por instinto, ya que el puro color de la azucena debe simbolizar, por atracción de inocencias, la virginidad bulliciosa de su espíritu y de sus sueños, transparentes y sin manchas.

Los diseños negros y blancos de la tela son, por su simetría elegante y correcta, algo muy fantástico y sencillo al mismo tiempo. Mirad cómo no desentonan, a pesar de su abundancia, debido a que están distribuidos magistralmente, sobre el escote, mangas y volantes de la falda.

Las perlas rojas y negras de los bordados y las *cerezas* realzadas, que dan su nombre a esta sutil combinación de madame Poret, son, a mi juicio, el *leit-motif* de un modelo que creo satisfará las más estrictas exigencias de un impecable buen gusto.

Por último, amables bogotanas, el delicioso sombrero del grabado os servirá para usarlo con éxito o para imitarlo con acierto, adaptándolo a las condiciones estéticas de vuestro rostro o a las características sui géneris del vestido con que pretendáis combinarlo.

El tul negro y las plumas de ave del paraíso de esta creación, son, por su fragilidad ondulante y suave, lo que se presta mejor a que una mujer elegante imprima en una alianza de tal clase el sello discreto y fuerte de su propia imaginación.

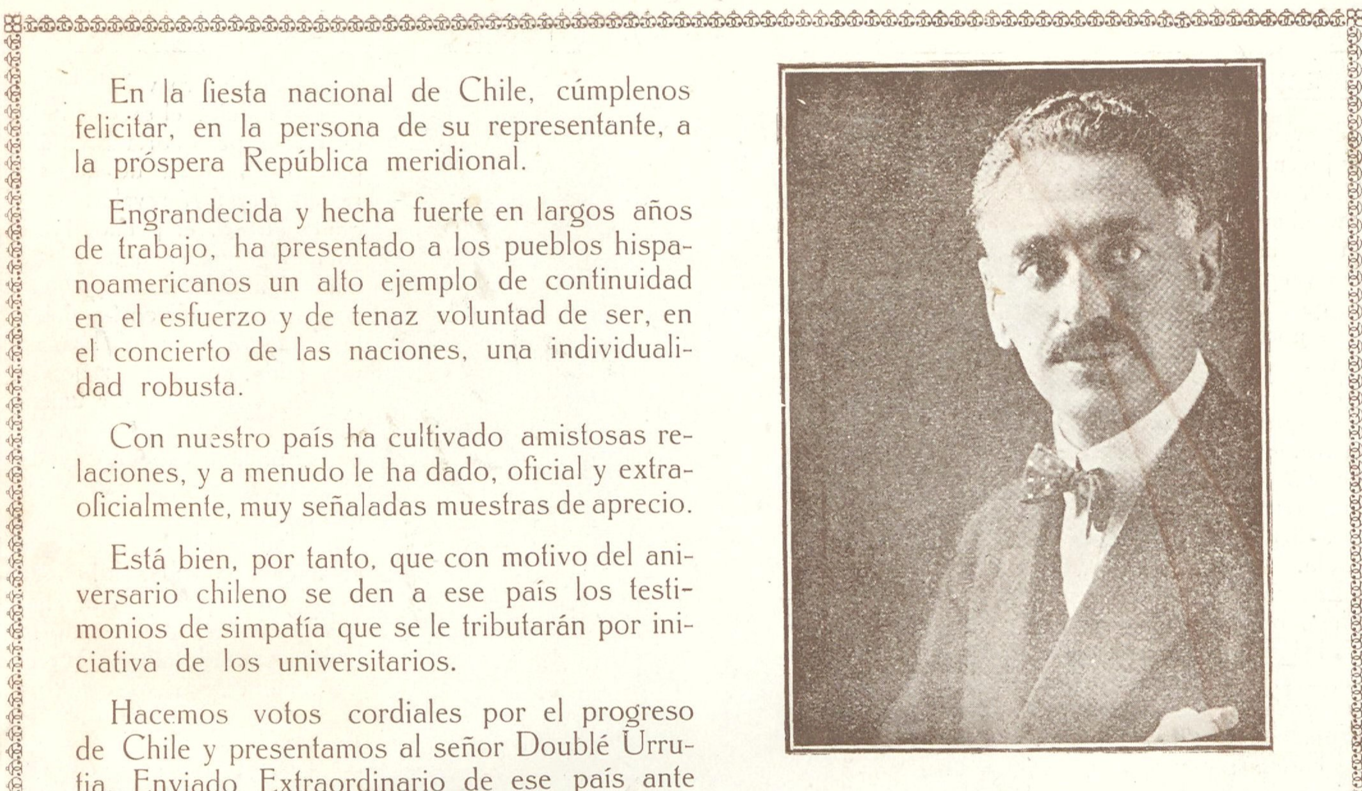
MADAME VALMORE

París, agosto 13 de 1920.

Traje de *foulard* blanco, bordado con perlas rojas y negras, motivos ornamentales de cerezas en relieve. Mangas, corsage y falda de fondo, formando tres volantes de *foulard* blanco con impresiones blancas y negras.



Sombrero bretón de tul negro, redeado con plumas negras de ave del paraíso.



En la fiesta nacional de Chile, cúmplenos felicitar, en la persona de su representante, a la próspera República meridional.

Engrandecida y hecha fuerte en largos años de trabajo, ha presentado a los pueblos hispanoamericanos un alto ejemplo de continuidad en el esfuerzo y de tenaz voluntad de ser, en el concierto de las naciones, una individualidad robusta.

Con nuestro país ha cultivado amistosas relaciones, y a menudo le ha dado, oficial y extraoficialmente, muy señaladas muestras de aprecio.

Está bien, por tanto, que con motivo del aniversario chileno se den a ese país los testimonios de simpatía que se le tributarán por iniciativa de los universitarios.

Hacemos votos cordiales por el progreso de Chile y presentamos al señor Doublé Urrutia, Enviado Extraordinario de ese país ante nuestro Gobierno, atento saludo de congratulaciones.

Excelentísimo señor don Diego Doublé Urrutia, Enviado Extraordinario de Chile en Colombia.